



DR. RAMON MONTILLA TROANES

La pérdida reciente de mi estimado amigo y compañero de armas, General Félix María Moreno, me trajo á la memoria una época de mi juventud en que juntos corrimos los azares de la guerra, y evocó también en mi ánimo el penoso recuerdo de seres muy allegados y queridos que perecieron en la dura y desastrosa contienda de entonces.

No me habían abandonado las tristes reflexiones que hacía sobre aquellos remotos y lamentables sucesos, cuando recibí la triste noticia del fallecimiento de mi tío RAFAEL ROJAS, último de mis ascendientes, quien hizo para mí oficios de padre: me dió albergue en el suyo, iluminó mi entendimiento con las primeras nociones del saber, me señaló con su ejemplo la senda de la moral, y me prodigó cuidados y atenciones, que aún están frescos en mi memoria.

Ahora me llega otra infausta nueva—la muerte de un amigo muy distinguido con quien me ligaban vínculos estrechísimos de ideas y sentimientos que no han podido quebrantarse sin grande aflicción de mi espíritu—el doctor RAMÓN MONTILLA TROANES.

Azarosos son los tiempos cuando la virtud se ausenta, se apaga la inteligencia y los hogares se entutan. Verdad es que la fragilidad humana no puede resistir los embates del infortunio, ni los dolores que acarrear ciertos sucesos; y así vamos cediendo á la lenta acción del tiempo, que deteriorando nuestra existencia material se la lleva insensiblemente—ayudado en esa su obra de anonadamiento por la ruptura de los afectos—que se van con los deudos y amigos al ausentarse de esta vida terrenal; dejando huellas de muy intenso dolor, y pena más acerba que la resultante de la misma acción de aquel infatigable roedor.

MONTILLA fué en la juventud mi compañero de estudios; de allí arrancó nuestro conocimiento y amistad, cuyos vínculos estrecharon después la comunidad de ideas y sentimientos políticos y las conjuntas labores del patriotismo: hemos andado casi siempre por unos mismos senderos, desde la elección de los estudios para el cultivo de nuestra inteligencia, hasta el término de su vida: luchamos en unas mismas filas políticas, esgrimiendo las armas de la prensa y de la palabra, sin haber esquivado los azares y peligros de la contienda armada: abatida nuestra causa, nos refugiamos en suelo extranjero, buscando amparo á nuestras aflicciones políticas, y allí fundamos respectivamente institutos para la educación de la juventud; y al tiempo de su muerte persistíamos aún unidos en el empeño de alcanzar la realización de los mismos ideales patrióticos que con tanto afán hemos perseguido. Esto hace más doloroso y triste para mí la indefinida ausencia de aquel excelente amigo y compañero.

MONTILLA tenía una palabra fácil y elocuente, que

conmovía á las multitudes y se ganaba su afecto, expresado en estruendosos aplausos. Escribía como hablaba—siempre en lenguaje severamente castizo—y con profundidad y elevación de miras al desarrollar los temas de sus escritos ó discursos.

Empuñaba la lira en los momentos de solaz que robaba á sus múltiples ocupaciones; y sacaba notas delicadas y armoniosas transformadas en versos que semejabán por su tersura y fluidez á los del dulce poeta cubano Juan Clemente Zenea.

Solía hablar en certámenes literarios; y entonces pronunciaba discursos amenísimos, tanto por lo esquisito y delicado de las imágenes con que sabía adornar la expresión y dar novedad á la idea—cautivando la atención del auditorio—como por el acierto en la elección del asunto, que envolvía siempre alguna enseñanza moral ó social, traída con oportunidad.

Ejerció MONTILLA alto empleo en la Magistratura política, y se condujo con estricta honradez y severa rectitud; dando al mismo tiempo muestras de la sinceridad y firmeza de sus principios verdaderamente republicanos y liberales, en medio de los azares y embates de la guerra civil que ardía en la República en la infausta época de su Magistratura.

Aquel carácter—seductor por su esmerada cultura social—era tenaz y resistente hasta la extremidad, cuando se trataba del cumplimiento del deber; sin vacilaciones sabía arrostrar todo género de dificultades, hasta la imposición del sacrificio personal; ni las amenazas de sus adversarios le arredaban, ni tampoco sus halagos y promesas podían seducirle: un vencimiento honroso era para MONTILLA, como para todos los caracteres enérgicos y de rectitud de miras, un paliativo, cuando la victoria niega sus favores á una causa justa y honrosa.

A la firmeza de convicciones y á la entereza de ánimo, unía MONTILLA condiciones de empresario progresista: atendía con interés al ejercicio de su profesión de abogado, como su principal ocupación, y le quedaba tiempo que dedicar á las letras y á los asuntos políticos, sin descuidar las empresas agrícolas é industriales, en cuyo fomento se interesaba con ahinco.

Las ciencias y las letras han perdido uno de sus más inteligentes y asiduos cultivadores; su familia un esposo amante, y un poderoso apoyo, que era al mismo tiempo, lustre y honra de su hogar; los amigos particulares y políticos nos vemos privados de sus luces y consejos, y de aquella lealtad y benevolencia personal, que eran condiciones típicas de su carácter; la República echa de menos á un ciudadano digno y fervoroso, que siempre supo distinguirse en servicio y sostén de las instituciones patrias, sacrificando abnegadamente reposo y fortuna en medio de nuestros lamentables vaivenes políticos; Carabobo está de duelo por la pérdida de un hijo que hacía honor á aquel importante Estado, en cuyo progreso y adelanto intelectual y material fué MONTILLA colaborador perseverante y merecedor de encomio; y al trazar estas breves líneas he querido dar un testimonio público de mi cordial aprecio y particular estimación hacia el amigo y compañero doctor MONTILLA; y presentar al mismo tiempo á su honorable familia, y en especial á su excelente y digna esposa, sincero homenaje de mi consideración personal, en estos tristes momentos, en que el dolor y las más crueles angustias someten á muy dura prueba su sensibilidad—que afortunadamente está al amparo de firme resignación cristiana.

L. M. Díaz.

Caracas: marzo 1892.

CHARADA

Julio estaba en una estancia
con un libro entre las manos.
Entré, y al verlo, le dije:
—¿Dos prima primera cuatro
segunda tercera prima?
—Es,—me contestó,—un relato
en el cual figura un todo
que me tiene horrorizado.

EL MENDIGO DE ALDERSHOT

(DEDICADA Á MI AMIGO ANTONIO HERRERA TORO)

Lento el paso, tembloroso,
Apoyado en un bordón,
Vese entrando un pobre anciano
Por las puertas de Aldershot.

De muy lejos viene el triste,
Desde un pueblo del Avón,
Caminando, caminando
Con la noche y con el sol.

Su alimento es el mendrugo
Que le da la compasión;
Porque abasto, más no trae
Que de llanto y de dolor.

En su mísero tugurio,
Que la muerte devastó,
Sólo un hijo, y desde niño,
Consolaba su aflicción.

Sus afectos y alegrías,
Todo en él lo concentró,
Hijo, amigo y compañero,
Todo en él le puso Dios.

En la mesa y en la alcohó,
Por estar en más unión,
Puso juntos los asientos
Y los lechos de los dos.

¡Y con cuánto gozo oía
Medio hundido en su sopor,
En la noche, de su aliento
La pausada aspiración!

¿Cómo puede el pobre anciano,
Cómo puede vivir hoy,
Si el que el hijo le arrebató
Le arrebató el corazón?

¡De soldado, de soldado!
¡Lo llevaron á Aldershot!
Y tras él anda que anda
Con la noche y con el sol.

Va por fin al pueblo llega
Donde está su batallón;
Ya va á verle, ya divisa
Las barracas de Aldershot.....

Aún un paso..... ¡Ay desdichado!
¿Y con qué, con qué vigor,
Si ya el hambre le desmaya
Y no encuentra compasión?

¿Si es la ley con el mendigo
Inflexible en su rigor,
Y pedir en las ciudades
Es abrirse la prisión?

Una dama ve viniendo:
En el pecho que hizo Dios
Para amar, (pensó el anciano)
No hay cabida á la traición.....

¡Insensato! ¡Nunca en sedas
La perfidia se envolvió?
¿Nunca viste una serpiente
Asonar bajo una flor?

Delatado!..... Férrea mano
Ya del cuello le agarró.....
A empellones ya le lleva.....
Ya le arroja en la prisión!

¿Y qué á ellos con tu historia
De miseria y de dolor,
Con que clamores por tu hijo
Y te mate la aflicción?

En el mundo eres un reo,
Y tus crímenes son dos:
Que no tienes pan, O mísero,
Y que tienes corazón.

Y la dama, á su regreso,
Con sus hijos en redor,
Para ejemplo, de su hazaña
Hizo á todos relación.

Fiel y firme defensora
De la ley se la aclamó,
Todos fueron parabienes
Por tan recta y noble acción!

Entretanto, en llanto hundido
Y rendido á su dolor,
Expiraba en su mazmorra
El mendigo de Aldershot. (*)

J. H. C.

(*) Histórico.—Llamábase el anciano Henry Stephens, contaba 83 años, había sido curtidor en Chippenham, y no tenía más pariente que ese hijo. De Chippenham fué á Londres y de Londres á Aldershot, barraca militar inglesa, donde al llegar le delató una señora (que Dios perdona) por haberle pedido una limosna, acto considerado como delito en Inglaterra, donde hay asilos para los pobres, como para obligarlos á ponerse á cubierto de la miseria. Contra la inhumanidad del presente caso protestó energicamente el Daily Post de Liverpool en 1860, en un suelto, que aún conservamos, titulado: *The Crime of Poverty*.